

to español y popular, ¿no es el mejor ejemplo y la mejor lección para los originales y noveleros? Hoy tememos demasiado á tocar esos asuntos universales vulgarizados, y renunciamos tal vez á escribir las mejores obras. ¿Quién se atreve á escribir otro *Don Juan*, otro *Fausto*, otro *Romeo y Julieta*? Verdad es que la crítica, interponiéndose á cada paso del arte entre el artista y el público, opone la terrible acusación de plagio ó de osadía. Pero hay que tener todas las osadías, la del plagio en primer lugar, y la de pasar por encima de la crítica, para llegar directamente al alma del público. Esta fué la mayor hazaña de *Don Juan Tenorio*; por ella le vemos todos los años en escena triunfar de muchas novedades originales, y, cuando todas ellas hayan caído en el olvido, *Don Juan Tenorio*, plagio de plagios, imitación de imitaciones, sobrevivirá como uno de los pocos cuentos interesantes que un gran poeta se atrevió á contar nuevamente sin el temor de parecer plaguario.

XXXVIII

Es sabido que, á la entrada de todos los inviernos, las señoras hablan de los vestidos que han de encargarse; los empresarios de teatros, de las obras con que cuentan, y los gobernadores de Madrid, de la extinción de la mendicidad. De todos estos programas, el único que suele cumplirse, y con creces, es el de la indumentaria femenina, dicho sea en honor de la mayor constancia del sexo débil en sus propósitos y determinaciones. Los empresarios estrenan lo que pueden, que no es siempre lo que quisieran; en cuanto á la extinción de la mendicidad... no pasa de conversación en que luce el ingenio de unos cuantos arbitristas, verdaderos ángeles de la caridad... con el dinero ajeno. Y he aquí la primera dificultad en estas andanzas benéficas: que todos piensan el mejor modo de sacar los cuartos á los demás y nadie quie-

re sacar un céntimo de su bolsillo. Por lo pronto, el señor gobernador había pensado en añadir un nuevo impuesto sobre las localidades de los teatros, por ser cosa de lujo y nada necesaria, en opinión de dicha autoridad. En efecto, así como indispensables para la vida... Pero si argumentamos en lo necesario, ¿son tantas las cosas, en verdad, necesarias? Tal vez no lleguen á la media docena, y tal vez no estén entre ellas los gobernadores civiles. Considerando el teatro por la parte del público, sí que es un lujo bien innecesario, como tantas otras industrias, si sólo atendemos á los que se gastan el dinero en disfrutar de los productos y no á los que se ganan la vida trabajando para producirlos. De un lado está el lujo; de otro la necesidad... ¡Habría que ver los apuros del señor gobernador si en un día todos los empresarios de Madrid acordaran suprimir ese lujo, cerrando todos los teatros! No serían las damas elegantes ni los caballeros distinguidos, ciertamente, los que irían en manifestación lujosa á pedirle solución al conflicto; la gente adinerada es la que mejor

puede pasarse sin teatros. La sorpresa del señor gobernador sería muy grande al ver miles de hombres y mujeres humildes clamando por el pan de sus hijos. Es achaque de los grandes hacendistas que nos gobiernan creer que los impuestos sobre los artículos de lujo los pagan los ricos. «Aquí, que no peco», se dicen... Los impuestos los paga siempre el que trabaja y produce. No es al que gasta y emplea su dinero en lujos ó en caprichos al que habéis de castigar con nuevas contribuciones; que esos, al fin, dan de comer á mucha gente y hacen circular el dinero, sino á los que guardan y atesoran dinero, improductivo y cobarde; dinero antisocial y antipatriótico; dinero de vagos, que deben ser tan perseguidos como los otros vagos de la mendicidad callejera.

* * *

La familia y los admiradores de Tolstoi no ganan para sustos. ¡La guerra que dan estos apóstoles! Tantos disgustos trae á las familias la extremada virtud de uno de

sus miembros, como el vicio más desordenado. Ciertamente es de mucho gusto para los descendientes contar con un santo de la familia en el calendario; pero los infelices parientes contemporáneos pasan el sino. Veán ustedes este venerable conde de Tolstoi, que acaba su vida como la empezó aquel perdulario de Verlaine, escapándose con un amigo. Claro es que los motivos son muy diferentes; pero el disgusto para la familia es el mismo. ¡La pobre condesa! Ya le decía ella á cierto escritor inglés que fué á visitar al conde con intención de escribir un estudio sobre su persona y sus obras: «¿Quiere usted saber lo que piensa mi marido? Pues ya tiene usted trabajo, porque cada día piensa una cosa.» Y la posteridad será tan injusta que acaso cuente en el número de los santos al conde y se olvide de la pobre condesa.

* * *

Ni el triunfo de una obra de cierto género supone el triunfo de todas las obras del mismo género, ni mucho menos el fracaso

de todas las obras de un género contrario. El Arte es furiosamente individualista, y en él sí cada palo aguanta su vela. Hoy ríe el público con una obra cómica y mañana llorará con un drama. Lo de «El público lo que quiere es reír ó lo que quiere es llorar, ó quiere obras de tesis, ó quiere obras ligeras, ó que no quiere el verso, etc., etc.», son otras tantas vulgaridades. El público quiere obras de todas clases, cuando le divierten ó le emocionan. Ni es una novedad que alternen obras serias con obras regocijadas en los carteles. El teatro de la Comedia fué siempre de los más eclécticos. Allí se estrenaron los más caricaturescos *vaudevilles* franceses y las obras de Dumas y Sardou, última palabra, en sus tiempos, del teatro «serio». Después hemos alternado en la mejor armonía autores de las más opuestas tendencias, y el público nunca tuvo preferencia por géneros ni por autores, sino por obras. Es de esperar que todo seguirá lo mismo. El público aplaude y ríe con *Genio y figura* porque la obra lo merece, y volverá á aplaudir y á reírse cuantas veces acierten los

autores cómicos, como bostezará ó se estará en casa cuando no acierten á interesarle los autores serios. Los fracasados son los que creen que cuando su obra ha fracasado ha fracasado todo un género... Nada de eso; en Arte no hay solidaridad que valga. Cada uno es cada uno. El público no sabe de nombres genéricos; sólo sabe de nombres propios. No hay, pues, por qué gritar: «¡Al arma, al arma!», y dejen los bien intencionados de meter cizafia entre los autores; haga cada cual lo que sepa y pueda, sin preocuparse de lo que hace el vecino. El verdadero vecino de enfrente es el público. En la Comedia francesa, el teatro más serio del mundo, después de una grave tragedia de Corneille, se representa el *Monsieur de Pourcegnag*, de Molière, la más grotesca farsa que puede darse, con sus boticarios jeringa en ristre corriendo por el patio de las butacas, y nadie se alarma y todo está bien, y ni Corneille ni Molière ni la seriedad de la Comedia francesa desmerecen por ello.

XXXIX

Discusión digna de los mejores tiempos de Bizancio ha sido la originada por el aumento del impuesto sobre legados á favor del propio testador; sobre todo, si son en provecho de su alma; que si algo deja para vanidades corporales, como embalsamamiento, entierro de lujo, mausoleo ó erección de cuanto cabe erigirsele á un difunto, allá el demonio ó la Hacienda con ello, que eso importa poco; al fin, todo será economizar un poco en estas materialidades póstumas. Pero si se trata de misas, oraciones y preces, ¡qué terrible responsabilidad la del señor ministro de Hacienda si, por disminuir con el impuesto la cantidad que debió aplicarse á los sufragios, el alma de algún difunto se ve privada del descanso eterno! Nadie mejor que el interesado puede saber el número de misas y de responsos que necesita, y es gran maldad entrometerse en esta ad-

ministración que sólo corresponde á lo eclesiástico; que por algo cuando se deja á un moribundo bien dispuesto para el último trance, suele decirse que le han administrado. Y ahora cuántas almas, como la de Garibay famosa, vagarán sin reposo á falta de ese dinerillo interceptado por el Fisco. ¡Ay del señor ministro de Hacienda si dan en aparecérselo y en atormentarle tantas almas en pena! Ya, por lo pronto, anticipándose á los muertos, claman los vivos, precisos intermediarios en estas operaciones de salvamento de almas. Es triste cosa que todo negociado espiritual haya de traducirse en algo material y palpable. Por eso el señor ministro de Hacienda debe tranquilizar su conciencia, pensando que todo es cosa de almas, y que el alma de España, ese alma tan cantada en discursos y poesías, también tiene sus necesidades y que su espiritualidad sólo puede mostrarse por medio de organismos materiales que cuesta mucho dinero sostener. Y ¿de dónde sacarlo que menos duela que de las almas pecadoras? ¿Qué son unos años más de purgatorio ante la eternidad? Sobre que en

muchos casos, al cobrar la Hacienda el impuesto de estos muertos piadosos, acaso no hará más que reparar un olvido de restitución y todo será para bien de las almas. En cuanto á los intermediarios, si tanto se preocupan por la salvación del difunto, no tienen más que rebajar los precios; después de todo, las oraciones no cuestan tanto trabajo. Todo menos que los muertos anden por el ministerio de Hacienda; porque los hay que, muertos y todo, harían inútiles las habilidades financieras del señor ministro para sacarles los cuartos.

* * *

Una frase poco meditada, de una obra teatral, ha indignado á los estudiantes de Medicina. La frase mortificante era injusta sobremanera, y los autores han sido los primeros en declararlo lealmente, apresurándose á retirarla de la obra en cuestión. Es de esas frases que sólo tienen disculpa en el natural deseo en todo autor de halagar al auditorio á quien se dirige. Cierto que más debían meditarse cuando es me-

nos ilustrado y menos puede pesar el pro y el contra. Justamente la clase médica es la más altruísta y desinteresada. En ninguna profesión se prodiga tanto la asistencia gratuita, y no hay médico, alto ni bajo, que al cabo del año no haya asistido á mayor número de enfermos, por amor á la humanidad, sin estipendio alguno, que á ricos clientes, buenos pagadores. Esto sin contar á los médicos de partido, verdadero apostolado de la Ciencia, indignamente retribuído. De modo que esos cadáveres destrozados no aprovechan solamente á los ricos, ni ¡qué mejor empleo puede tener un cuerpo muerto que servir al estudio y á los progresos de la Ciencia! Poco tiempo hace que un ilustre profesor de la Facultad, con admiración de todos, legó su cuerpo para tan altos fines.

Ahora, que los estudiantes, una vez retirada la frase, no debieron extremar su protesta. La frase era poco razonada; bastaba protestar contra ella con razones. No es conveniente sentar precedentes para otras protestas, que harían imposible toda crítica social en el teatro, en el libro y en el

periódico. Ello ha sido que el incidente ha venido á parar en recordarnos uno de los más graciosos lances de Don Quijote: los autores arremetían contra los estudiantes, los estudiantes contra la Policía, y el señor Méndez Alanís contra el Gobierno. Por fortuna, no hemos llegado á la conflagración europea.

* * *

En estos tiempos de mal entendida democracia, en que á duras penas se tolera que nadie se distinga, ni sobresalga, ni tenga iniciativa propia, y todos pedimos esa modestia que es el uniforme gris de los que no pueden ir mejor vestidos, nadie sabe el valor que supone la decisión de los hermanos Quintero al proponerse por su cuenta, á costa de su trabajo y sin otra cooperación que la del público, levantar un monumento al poeta de la Juventud y del Amor; que, por ser el poeta de una edad que es de todas las vidas, ha de ser un poeta de todas las edades del mundo.

Los que alguna vez hemos proyectado

alguna idea generosa y pronto nos arrepentimos de ella como de una falta, desalentados ante la hostilidad de los unos, la indiferencia de los otros, el comentario burlesco ó malicioso, que no dejan de suponer miras interesadas ó, por lo menos, afán de notoriedad—¡gran pecado para los que no pueden significarse á no ser en clase de mosquitos ó cualquier otro insecto molesto!,—sabemos lo que supone la ilusión, la valentía de los hermanos Quintero en su noble empresa.

El público ha respondido y responderá generosamente en todas partes. Alguna lamentable abstención pudiera notarse; esperamos que se enmendará á tiempo.

Sólo deseo á los aplaudidos autores que esa fe y esas ilusiones de su juventud no les falten nunca y no lleguen á sentir jamás, ante las ruindades de tantos tristes del bien ajeno, la tristeza incurable, por ser más noble, que produce en los espíritus generosos el mal ajeno.

XL

La conferencia de Ramiro de Maeztu, en el Ateneo, ha sido, y será por muchos días, tema preferente de discusiones. Inequivoca señal de su mérito y de su importancia. Vibrante síntesis de nuestra vida nacional fué la conferencia; tal vez con más apasionamiento que serenidad; pero ¡dice tan bien un noble apasionamiento cuando de algo que mucho nos importa se trata! Quede la plena serenidad intelectual para cuando hayamos de ser árbitros ó jueces en extraños asuntos; pero ¿cómo no poner calor del corazón en asunto tan propio?

Fueron las palabras de Maeztu el mejor espoleo para los espíritus dormidos, tardos ó cobardes; el mejor lazo para unir á los que, despiertos y fuertes, malogran, no obstante, sus alientos en el soberbio individualismo solitario. A los españoles, más que á nadie, conviene tener presente aquel

apólogo oriental en que un padre muestra á sus hijos cómo un haz de mimbres apretado no puede romperse y qué fácilmente se quiebra cada mimbre, separado del haz, uno por uno.

Aunque á ratos pudiera dolernos y aunque algo en el fondo de nuestra conciencia protestara, bien hizo Ramiro de Maeztu en cargar la mano sobre los intelectuales, ya que á ellos se dirigía desde la tribuna del Ateneo. Hubiera sido flaqueza impropia de su espíritu independiente y concesión que no hubiera admitido su auditorio, incurrir en la fácil complacencia de esos predicadores que truenan contra los vicios del siglo; pero tienen la dulce oportunidad de tronar contra los pobres en iglesia de ricos, y al contrario. Ellos no faltan á la verdad en ningún sitio; pero les falta la verdad del sitio, que es un modo de faltar á la verdad como si se mintiera.

Los intelectuales oyeron sus verdades, y muy duras verdades. Algo puede decirse, v alguien lo dirá, en descargo suyo. Ahora, justo es también que los obreros oigan las suyas, y las mujeres, y la aristocracia, y

que las palabras de verdad no sean perdidas; porque palabras nos vienen de todas partes, pero ¿de dónde vendrá el ejemplo? ¿Qué serían los Evangelios sin Pasión y sin Muerte? Oratoria, poesía... bellas palabras.

* * *

El Manzanares es digno río de la capital de España. Como la vida española, no tiene término medio: ó no se le siente vivir, ó da fe de vida turbulenta. Los Gobiernos pueden aprender en los ríos el mejor modo de gobernar á los pueblos. Canalizar es la mejor política. En lo espiritual y en lo material, tan dañosa es la sequía, por infecunda, como la inundación, por destructora. La inundación siquiera, como las revoluciones, si destruye al pronto, tal vez fecundiza para más tarde. Pero ¡pobres tierras las que todo lo esperan de la inundación ó de las revoluciones! ¡Dichosas las que ven regar sus campos regularmente por encauzadas y tranquilas aguas!

* * *

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

Me parece muy bien que algunos críticos, fervientes devotos de la amable bagatela, dediquen columnas de encomiástica prosa á la tiple de sus simpatías y al garrotín de sus aspiraciones. Pero no me parecería mal, porque no creyéramos tan pronto que el instinto del pudor había desaparecido aunque haya venido muy á menos, que á la representación de *La vida es sueño*, en el teatro Español, se le concediera un poco de atención entretanto.

Se protesta, con la boca chica, contra la invasión de la ola verde y la ola que pasa de castaño oscuro, y de si aquí no se hace arte como se debe, y de si acá se debe porque se hizo arte; y, para una vez que se presenta ocasión de celebrar una noble tentativa artística, silencio ó discreción con sordina parecida al silencio.

La vida es sueño, no representada en el teatro Español con frecuencia desde los tiempos de Rafael Calvo, ha sido ahora muy decorosamente presentada, revelando una cuidadosa dirección escénica. Ricardo Calvo es el mejor Segismundo que hemos visto, después del inolvidable Rafael Cal-

vo, el actor de nuestra juventud y de nuestros entusiasmos. Los demás actores componen un excelente y armónico conjunto. La obra... no es para morirse de risa; pero puede oirse todavía. Algunas de antes de ayer están más viejas. En fin, que por mucho menos, pero muchísimo menos, hemos leído sertas de elogios que siempre quisiéramos ver más justificados que la parquedad de ellos en esta ocasión.

* * *

Nos extrañaba que las calles de Madrid estuvieran tan sucias. Ahora nos extrañará verlas alguna vez medio limpias. Nos hemos enterado de que, para poner remedio á la suciedad, cuenta el Ayuntamiento con 80 barrenderos... para todo Madrid. ¡Eso es lujo! ¡Vaya, que si no se puede comer sopas en esas calles!... ¿Para cuándo esa subvención á la capital? ¿Cuándo se convencerán los Gobiernos de que con calles limpias y carreteras bien cuidadas y bonitos paseos, estaríamos tan á gusto, aunque nos suprimieran las garantías constitu-

cionales, que no son de uso tan constante y necesario?

¡Estas calles de Madrid!... Créalo el Gobierno: hoy por hoy, es la única oposición seria con que cuenta. Una vez arregladas y limpias ¡ríase el Sr. Canalejas de los quinquenios conservadores!



XLI

Cuenta Gracián en su *Criticón*—perdone *Azorín* que me entre por sus dominios—que, cuando españoles, portugueses, ingleses y holandeses descubrían y se posesionaban de vastos territorios en el Nuevo Mundo, acudió Francia en queja al supremo tribunal de la justicia divina, lamentándose de haber sido olvidada en el reparto. Y el alto tribunal contestó á la querella: «¿Y qué necesidad tienes, ¡oh, Francia! de unas Indias? ¿No tienes ya bastantes Indias con España? Toda su riqueza y la de sus Indias viene, al fin, á ser tuya; que los españoles te la ofrecen gustosos, á cambio de tus baratijas.»

Aparte de que Francia no se halla hoy tan desprovista de territorios coloniales, nuestra situación tributaria no ha cambiado mucho, y aun somos unas ricas Indias para nuestra buena vecina y no tan buena

aliada. Hasta el premio «gordo» de Navidad aprendió el camino, y este año se pasó á los franceses. ¡Hay para armar otro Dos de Mayo! Tal vez más justificado que el otro, que, al fin, entre unos buenos millones y unos infantes simples no hay comparación posible. ¡De salud sirvan! *¡Bon profit, messieurs!* Y á ver si alguna de nuestras Oteros de exportación es la alcaldesa de Mostóles de esos milloncejos, y algún *maquereau* de casa, que también los exportamos excelentes, se encarga de reintegrarnos, en todo ó en parte, de ese renegado premio. Pero ya verán ustedes como lo único que nos llega, en compensación, es algún artículo de costumbres españolas poniéndonos de vuelta y media por la inmoralidad de nuestra lotería.

* * *

Nadie más obligado que los tradicionalistas á celebrar las fiestas tradicionales, y así la minoría parlamentaria, representante de las viejas ideas, no ha querido que se suspendieran las sesiones de Cortes sin ha-

cer la Pascua y sin dar su inocentada. La sesión permanente ha tenido de una cosa y de otra. Por fortuna, los señores diputados son gente de buen humor y se han divertido en la sesión nocturna más que un hortera en baile de máscaras. Chirigotas, cuchipanda, amiguitas en la tribuna; no han faltado más que las serpentinatas. Y los de la obstrucción, ¡Jesús, qué graciosos! De público, muy bien: todo el de las últimas secciones de los *cines*. Con sesiones nocturnas tan divertidas se acababa con la inmoralidad de esos espectáculos, corruptores de la ancianidad y que tantas falsas alarmas pueden producir en algunos apacibles tálamos. Los de fuera, que en este caso es el público que paga, pensando, aunque la ley del «candado» sea muy conveniente, que tal vez no fuera malo una ampliación aplicable á ciertas agrupaciones y á algunos oradores.

* * *

A propósito de inmoralidad y de candados. Distinguidas señoras pretenden que los

Poderes públicos intervengan en la moralización del teatro. ¡Ay, señoras mías! Y ¿quién tiene la culpa de eso que ustedes llaman licencia y escándalo? Pues la educación que dan ustedes á sus hijos. ¡Cómo! —exclamarán ustedes, indignadas.—¡Una educación cristiana, en colegio de Padres religiosos! ¿A eso llama usted mala educación? ¿Esa puede ser la causa de que una señora decente no pueda siquiera leer los anuncios de la sección de espectáculos? Sí, señoras mías, nobles y honestas damas: la Iglesia, que en otro tiempo tuvo manga muy ancha con el Arte y era maestra y depositaria de buena literatura, hoy más que nunca, asustadiza de la funesta manía de pensar, no educa el gusto ni el sentimiento artístico de los jóvenes encomendados á sus enseñanzas; anatematiza todo arte, toda literatura que no sea de propaganda en favor de sus ideas, cada vez menos amplias, más intransigentes. En sus clases de literatura se habla más del Padre Coloma que de Cervantes; no se inspira afición y respeto, sino horror y desconfianza á los nombres más ilustres y gloriosos. Mientras la sujeción y

la tutela de los maestros dura... menos mal: no leen á Pérez Galdós; pero tampoco van á recrearse con una de esas empecatadas obrillas de título equívoco y de inequívoco mal gusto. Pero al verse libres, ¿qué tendrá mayor atracción para ellos? ¿Una obra de verdadero arte, que no sabrán apreciar porque no les educaron el gusto para ello, ó el espectáculo grosero, el de los chistes á su alcance, del que nadie les apartó con energía porque una blanda absolución les tranquilizó antes por este peccadillo que por la lectura de una obra enemiga? ¿Qué importa que la carne se turbe si no se turba el pensamiento? Lo que los buenos Padres quieren son almas y pensamientos... lo demás ¿qué importa? Lo demás se lava y se plancha y queda como nuevo para un matrimonio ventajoso, para un alto cargo y, sobre todo, para un ejemplar testamento con especiales mandas y legados piadosos.

Hay una juventud incapaz de sentir emociones de arte, porque no la educaron en el sentimiento de sus delicadezas. No os quejéis á los Poderes públicos, señoras

mías: tenéis los hijos que os merecéis, vuestros hijos tienen los espectáculos que se merecen. El Arte en general, el teatro en particular, no son causa de nada; son el efecto natural de muchas causas.

¡ Ah! El año pasado tuve, con el concurso de otros autores, el costoso capricho de iniciar un teatro para niños. No solicitamos licencia del ordinario, ni pedimos el visto bueno de ninguna cofradía, porque no hay conciencia, por enlodada que estuviera al roce de las miserias humanas, que no sepa por sí misma, bien claramente, el respeto que se debe al alma de un niño. Acudieron madres y niños de la clase media y de las clases populares... A la sociedad elegante no tuve el gusto de verla por allí. Sus automóviles y sus coches lujosos estaban á la puerta de otros teatros de garrotín y desvergüenza. Se comprende que acudan á que la autoridad les moralice el teatro los que no saben contenerse en su curiosidad por las inmoralidades.

XLII

Si por bohemia se entiende independencia de nuestro espíritu, amplitud de nuestra vida, nunca subordinada á un solo medio social; personalidad tan enérgica que pueda comprender mil distintas personalidades, sin que nuestra propia personalidad se pierda hasta desaparecer entre todas ellas; simpatía por cuanto existe, sin resignación á que todo siga existiendo lo mismo; si la bohemia es lucha y rebeldía y fuerza y vida... cierto es su encanto. Pero si la bohemia es sólo necesidad hecha vicio, que nunca de la necesidad se pudo hacer virtud; si es limitación de nuestra vida á un solo medio miserable, desordenadamente ordenado en la monotonía de vagar por los mismos lugares, entre las mismas gentes; si es flojedad y desmayo y sumisión y abdicaciones y miseria, en fin, espiritual y física, no habrá quien nos persuada de sus

encantos, ni en prosa, ni en verso, ni con música.

Si la realidad es pobreza y fealdad, no es de alma artista someterse á ella. Los artistas están obligados á la lucha, á influir sobre la realidad hasta transformarla, infundiéndola en ella el espíritu de sus ideales. Deber es del artista conquistar la riqueza. La vida sólo será lo que debe ser cuando la riqueza sea de los poetas. La poesía será entonces acción y vida y entonará sus estrofas en ciudades de arte, limpias, sanas, alegres, risueñas; en jardines de encanto, en monumentos de gloria, con bellas criaturas de selección espiritual y física. No despreciéis la riqueza ¡oh, artistas!, que hartos de los bárbaros, muy satisfechos con que vosotros ponderéis los encantos de la bohemia mientras ellos gozan de todo, sin compartir sus goces más que con unos cuantos artistas domesticados, que se complacen en enseñar á sus amigos para darse tono de protectores del Arte. Y mientras vosotros no tengáis palacios, ni deis fiestas en ellos, ¿cómo vais á convencer á nadie de que no son ellos los

que no quieren recibirlos á vosotros, sino vosotros los que no os dignáis recibirlos á ellos?

* * *

No recuerdo si lo soñé ó me lo contaron. Fué un escritor, muy discutido en sus comienzos, que, por lo mismo, tuvo muchos admiradores: unos, jóvenes animosos como él; otros... esos que hallan en lo infructuoso de una labor combatida el mejor pretexto para no hacer ellos nada; otros, los muchos fracasados, que pretenden justificar con el fracaso de una obra ajena el fracaso de toda su obra. Todos estos admiradores admiraban más al escritor cuanto más combatido era. Cuando, por su trabajo y su constancia, llegó á tener verdadero público, los admiradores se desilusionaron: ¡Cómo! ¿Es posible? ¿Le gusta al público? ¡Qué indignidad! Es que ha caído en la baja de hacerle concesiones; ya no es el mismo. Y los admiradores le increparon por haberles hecho traición. Si era para todos, ya no podían ellos presumir de su-

periores al admirarle. Ya no tuvo admiradores fieles más que en sus fracasos; cuando no hacía concesiones al público. Si alguna vez, por descanso ó por capricho ó por necesidad, escribía una obra, sin más pretensiones que la de ganar algún dinero, aunque en ella no ofendiera gravemente su sentimiento del arte, los fieles admiradores no podían consentirlo y eran los primeros en protestar iracundos: ¡Qué indignidad! ¡Viene á buscar dinero! Y ellos, con sus protestas, eran los primeros en impedir que tan natural propósito, y por tan inocente medio, se lograra. Así, tuvo que resignarse á no tener dinero en su vida, para satisfacción de sus admiradores. ¿Buscarlo por otros medios? Menos aún; sus admiradores no lo consentirían: su deber era hacer Arte, Arte puro... Cuando murió... los admiradores acordaron costearle un monumento; se reunió poco dinero, y los admiradores acordaron que aquello era una indignidad. Para hacer mal las cosas, más valía no hacerlas. El monumento había de ser magnífico, ó no sería... Y no fué, en efecto. Los admirado-

res velaban fielmente su gloria póstuma como la velaron en vida.

No sé si lo soñé ó me lo contaron; pero siempre que recibo alguna carta firmada por «Un admirador», me echo á temblar recordando la historia de aquella víctima de sus admiradores. Todas las cartas así firmadas son de alguien que pretende administrarnos la hacienda, la moral, el buen humor, lo que ellos llaman nuestros prestigios, nuestra vida pública y nuestra vida privada... No ¡por Dios!, señores; yo no quiero ser admirado á todas horas ni en todos los actos de mi vida; que descansen vuestra admiración y que me deje descansar. No me escriban ustedes cartas; porque desde ahora no leeré ninguna que traiga por firma el consabido «Un admirador» como no incluya un billete de 1.000 pesetas; única prueba de verdadera admiración que me ofrece alguna garantía y justa compensación del dinero que me habrán ustedes impedido ganar por admirarme demasiado.

* * *

Cuando creemos haber hecho todo lo posible por remediar las mayores miserias, siempre nos queda el desconsuelo de no haber remediado una: la ingratitud. Los bienhechores deben contar con ella y compadecer doblemente al ingrato. ¡Qué horrible debe ser la pobreza, cuando así llega á entumecer el corazón!



XLIII

La regia munificencia ha dado una oportuna lección á la Real Academia Española. Arbitro, administradora y dispensadora de premios, padece la ilustre Corporación, como vieja tacaña, la manía de hacer comiditas con las cantidades confiadas por gentes respetuosas de los prestigios oficiales, á los buenos oficios y mejor voluntad, de la sabia y la docta del esplendor, el brillo y la fijeza.

¡ Dos mil pesetas para un solo escritor! — habrá pensado la vieja rica.— ¡ Para qué necesita tanto dinero un hombre solo? Y ¡ literato y poeta! Para que se acostumbre mal ó lo eche en vicios, como adquisición de libros, viajes ó cualquier otra perturbación de la inteligencia. Nada, nada; con 1.000 pesetitas á cada uno, podemos hacer á dos felices. Y mucho es que no han repartido la cantidad en bonos de á peseta para dar

un día feliz á toda la bohemia literaria. Bien está que, entre los académicos, haya quien disfrute, por diferentes conceptos : prebendas, pingües beneficios, sin pensar en repartir de ellos; pero esos otros escritores de la calle... ¿para qué quieren el dinero? El dinero embota el entendimiento; lo saben bien muchos académicos. La necesidad sirve de espuela al ingenio; el dinero, tal vez sólo de albarda.

Recuerda *Parmeno* en el *Heraldo* que los académicos están encargados también de conceder algunos premios á las mejores obras dramáticas escritas ó publicadas cada año, y que este premio no se ha concedido desde muy larga fecha. ¿Por qué? La suspicacia de *Parmeno* señala los motivos probables. Fuera ridículo no recoger la alusión á mi persona, por la modestia de no aceptar un adjetivo laudatorio. Pero yo creo que *Parmeno* está equivocado. Para optar á esos premios es condición precisa que el autor, por sí mismo ó por otra persona, la presente y someta al juicio de la Academia. Ni por mí, ni por persona autorizada por mí, he presentado yo nunca una obra mía

á ese concurso. Primero, porque no tuve nunca la presunción de que una obra mía fuera la mejor de las representadas en temporada alguna. Después, porque al día siguiente de obtener el premio, la obra valdría lo mismo. Ya sabemos que los premios oficiales, con muy buen acuerdo, han de atender sobre todo á la ortodoxia de la obra. Esos premios han de ser siempre para los poetas—como dijo Heine,—que no tienen de poetas más que el ser virtuosos. Claro es que se puede ser virtuoso y ser buen poeta; pero también se puede lo contrario; porque yo creo que la virtud del poeta es... ser poeta. De otro modo, borramos de la lista á Cervantes, á Lope, á Shakespeare, á Byron, á Shelley—dejo á otros, y no de los peores,—todos gente poco disciplinada en su vida y en sus opiniones, difíciles de encasillar en partidos políticos, que pueden hacer gloria de su fama.

El artista que campa por sus respetos no espera nunca protección oficial. Con ese no pueden atarse dos cuartos de cominos—piensa el dispensador de mercedes.—Los cintajos y las distinciones son para el so-

metido. ¿Fulano?—dicen.—Sí, gran talento. ¡Si sentara la cabeza! Fulano tal vez sienta la cabeza, y aquel día quizás deja de tener talento, que el talento no es para sentado.

Cuenta Plutarco, de no sé qué general griego ó romano, quien, viendo combatir con furioso denuedo á uno de sus soldados, acercósele al terminar de la batalla y, admirado de su valor, quiso informarse de quién era. Supo entonces que aquel valiente era el hombre más desgraciado del mundo, por carecer de todo, y, que tan desesperada era su vida, que sólo buscaba la muerte. Concedióle el general riqueza y galardones, dióle mando y honores; y en otra batalla, á pocos días, vió cómo, en cobarde fuga, arrojaba las armas y corría á esconderse en lugar seguro. Acudió el general á reprenderle por su cobardía, y él entonces: ¿Qué te admira?—le dijo.—Ayer estaba desesperado; nada tenía que perder, nada me importaba la vida... Hoy soy feliz, soy rico... La muerte me asusta.

Y es que todo combatiente, soldado ó poeta, bien está sin premio. El valor y la

inteligencia han de ser indomables, y las golosinas son grandes domesticadoras.

* * *

A despecho de los verdaderos aficionados á la buena música, el intérprete se sobrepondrá siempre á la obra, y S. M. el Divo se alzaré sobre Wagner en alas de Puccini. Mejor dicho, Puccini se alzaré sobre Wagner en alas del divo. Ni estos falsos dioses tendrán nunca su ocaso, mientras vayan unidos, ni el Ocaso hallará nunca sus dioses mientras divas y divos prefieran la gloria personal á la pura gloria de someterse á no brillar como astros teatrales.

¿Por qué esa afición de los grandes actores y de los grandes cantantes á las malas comedias y á las malas óperas? ¿Es que su vanidad queda más satisfecha no consintiendo que la obra se sobreponga al intérprete? ¿No será posible hallar un gran artista que se resigne á interpretar verdadero arte? Mientras Wagner padece su ocaso, el tenor Anselmi impone á la admi-

ración la *Tosca* y *Romeo y Julieta*. Las abonadas sueñan con Mario Cavaradossi, con Romeo, con Des Grieux. Algunas sueñan con que Anselmi cante el dúo de los besos de *El conde de Luxemburgo*. Pueden pedirle que lo cante en la noche de su beneficio. El beneficio del tenor, naturalmente.

* * *

Una historieta que refiere un periódico francés. Un padre acaudalado satisfacía con esplendidez todos los gastos de su primogénito; pero sorprendíale que, sobre la cantidad entregada mensualmente, el mozo le pidiera siempre un importante suplemento.

—¿No lo tienes todo pagado? ¿Qué significa esto?

—Esto significa, papá, que hay gastos... gastos, en fin, cuya justificación no debo detallarte, aunque tú debes comprenderla.

—Sí, lo comprendo; pero mira, para saber á qué atenerme, me pides lo que necesitas y, para justificarlo, me dices: «Gas-

tos de caza, tanto», y no hay más que hablar.

—Convenido.

La partida quedó desde luego asentada en esta forma mensualmente. El respeto quedaba á salvo.

Con gran sorpresa observó el padre que la partida dejó de figurar en cuenta durante dos ó tres meses.

—Vaya — pensó. — ¿Dónde cazará ahora mi hijo, que no me cuesta nada?

Pero cuál no sería su desencanto al leer, al cabo de cierto tiempo, esta nota de gastos suplementarios: «Al armero, 2.000 pe-



XLIV

Un niño, por travesura ó por desgracia, cae en la fuente de una plaza pública y muere ahogado, bajo muy poca agua, en presencia de numerosos curiosos y de dos agentes de la autoridad, representación, no por modesta menos respetable, del Estado tutelar y protector. Sobre los dos infelices guardas han caído todo el rigor de los superiores y todas las recriminaciones de la opinión. El señor presidente del Consejo dijo muy bien que no debieran ser sólo los guardas los castigados. Pero aunque para el Código penal sean delitos las omisiones tanto como las acciones, ¿qué medio hay en la ley para hacer efectiva la responsabilidad de una multitud indiferente? Y si miramos á nuestra conciencia, ¿no hallaremos en la impune omisión de los curiosos, lo mismo que en la punible de los guardas, síntomas de un esta-

do de conciencia social del que todos participamos? ¡Era tan poca el agua! El niño, sin duda, podría levantarse y salir por sí solo. Tal vez si alguien se hubiera precipitado á socorrerle los curiosos se hubieran reído al verle chapotear en el agua; el regocijo hubiera subido de punto si era uno de los guardias. ¡Qué escena de película cinematográfica! ¡Estamos tan hechos á reirnos de los agentes de la autoridad en sainetes y revistas llenas de gracia! Como el salvamento se hubiera logrado á poca costa, ¡cuánto nos hubiéramos burlado del salvador, si hubiera pretendido hacer valer su pobre hazaña! ¡Salvamento de náufragos en el pilón de una fuente! Chistes, caricaturas, ingenio... Las tragedias son así: necesitan un final trágico para que parezcan tragedias. Cuando se empieza á morir, hay que morir; de otro modo, ¿quién cree que era tanto el peligro? No culpemos demasiado á los espectadores y á los guardias, más temerosos del ridículo que de un remojón insignificante. ¡Los pantalones de la autoridad enfangados! ¡El uniforme prestigioso cho-

rreando! ¿No tendremos todos en nuestra vida alguna culpable omisión de que acusarnos? ¿No habremos dejado también que alguna criatura, tal vez indiferente, tal vez querida, se haya ahogado ante nosotros, en muy poca agua, sin que nuestra mano se tendiera protectora, sin que diéramos el paso que corre á sostener, sin que de nuestros labios saliera la palabra precisa de compasión ó de esperanza? Agua ó llanto ¡parecían tan poco! Cuando el agua ó el llanto ahogaron, ya era tarde. El heroísmo pide grandes empresas: mares embaucados, batallas, dolores trágicos. Ante el peligro de la fuente, ¿no es ridículo el gesto heroico? ¡El agua era tan poca! ¡Las fuerzas del niño eran menos! ¿Cuántas almas de niño no habremos dejado así ahogar, en muy poca agua, por no afrontar el heroísmo del ridículo? ¡Si diéramos siempre el paso que debemos dar! ¡Si dijéramos siempre la palabra que debemos decir!

* * *

La Academia de la Poesía se dispone á festejar el centenario de Cervantes, sin ol-

vidar el de Shakespeare; pues tampoco los ingleses, según noticias, se olvidarán de nuestro manco, que no lo era para poder muy bien andar de mano con su contemporáneo glorioso. Aquí no puede decirse que baza mayor quita menor, y nunca estuvo tan en su punto lo de «región de los iguales».

Si atendemos al calendario parecerá que se toma con tiempo y que, del 1911 al 16, hay días sobrados. Pero el tiempo español, entre lo perdido y lo matado, y lo que se echa á perder y á morir, entre discusiones y discurseos, pasa sin enterarnos. La Academia cuenta con el apoyo de los Gobiernos. Digo de los Gobiernos, porque de aquí al 1916—perdone el Sr. Canalejas la desconfianza, que no es por él precisamente— ¡sabe Dios cuántos Gobiernos se habrán sucedido! Es de esperar, no obstante, que todos se muestren por igual bien dispuestos á celebrar con todo esplendor y esplendidez tan señalada fecha. No es cosa de que se haga cuestión política, ni de que unos pretendan ensalzar á Cervantes por reaccionario y otros por liberal, y unos miren

á Shakespeare como católico romano y otros le consideren como protestante. Nos gobiernen para entonces el Sr. Maura ó el Sr. Canalejas, creemos que, honras fúnebres más ó menos, con sermón del Padre Calpena ó del obispo de Sión ó del Padre Maestre ó del doctor Zacarías, lo demás todo será como esté proyectado, sin que haya un Sr. Rodríguez Sampedro que procure escatimar gasto alguno.

Desde luego ha de procurarse que el festejo sea de todos y para todos. Bien están los actos académicos, las ceremonias oficiales; pero sol, aire y plaza pública, sobre todo. Cabalgatas espléndidas, en que tomen parte nobleza, Ejército, artistas, sin temor al pícaro ridículo del disfraz ni de la exhibición. Representaciones callejeras de algunos entremeses de Cervantes, representación entre las frondas de la Moncloa ó de Aranjuez de alguna comedia de Shakespeare: *El sueño de una noche de verano* ó *Como gustéis*. ¡ Tanto puede hacerse con buen gusto y con arte! Debe pensarse que, cuanto mejor sea todo ello, será más productivo. En estas cosas la tacañe-

ría es lo más ruinoso. ¡ A fantasear, poetas! Y sea la primera fantasía ver cómo se saca el dinero á los que lo tienen. No os detengáis ante ningún ditirambo adulator. Cervantes y Shakespeare eran los que eran y, ¡ ay!, también adularon á los poderosos.



XLV

Los primeros pantalones femeninos, en su aspecto callejero y visible, han tenido un ruidoso fracaso; pero los modistos y modistas franceses, como si obedecieran á un alto mandato de la Divinidad, insisten en que nada podrá oponerse al triunfo definitivo de los calzones. Peores principios tuvieron otras modas, al fin universalmente aceptadas. Los primeros miriñaques, los primeros sombreros de copa, no lograron mejor éxito en sus comienzos. No podrá decirse que esta moda es señal de los tiempos modernos, ni uso impuesto por la vida en los pueblos civilizados; pues más que un avance hacia lo porvenir, trae á nuestra imaginación el recuerdo de Turquía y de Marruecos, y, ya más cerca de nosotros, la evocación teatral de *La conquista de Madrid* y *El tributo de las cien doncellas*, memorias de los buenos tiempos zarzueleros,

que no son ¡ay! para rejuvenecer á nadie.

Todo será que la vista se acostumbre. La caricatura y el teatro, pretendiendo ridiculizar la nueva moda, serán sus mejores propagandistas. Después las pastorales de algunos obispos y las predicaciones anatematizadoras, acabarán por decidir el éxito. En cuanto las mujeres crean que la moda es invención del demonio, no dudarán en aceptarla, seguras de que el demonio es muy inteligente en tentaciones.

En realidad, la moda nada tiene de impúdica. El aire y la lluvia pierden su imperio sobre ella; acabaron los graciosos efectos de falda recogida. Es una moda que, por su nombre, pantalones, promete más que cumple. Es más; que ha de dejar muchas promesas incumplidas, por dificultades de tiempo y de ocasión. A no ser, por lo que tiene de ley la moda, que pueda también decirse de ella: «Hecha la ley, hecha la trampa». Pero, hasta ahora, la trampa no parece por ninguna parte. Los modelos lucidos hasta hoy son de tanta seguridad como una caja de caudales. Quizás sea ésta la más clara señal de su moderni-

dad. O acaso estén próximos los días, pronosticados por San Pablo, en que los hombres se subirán á los árboles por huir de las mujeres; y si ellas dan en trepar para perseguirlos, claro está que el pantalón es necesario.

Los sastres también pretenden, por su parte, dar algún golpe de efecto en la indumentaria masculina. Unos vuelven los ojos al año 30, otros reniegan de toda tradición y abren concursos entre dibujantes para hallar algo nuevo. Pero lo nuevo no parece; es casi seguro que volveremos a las modas del año 30; por lo menos, en los trajes de sociedad. Para los trajines de la vida diaria, el automóvil, la caza, el aeroplano, impondrán la moda con sus necesidades. Seremos de un siglo por el día y de otro por la noche. ¿No es así toda la vida moderna? ¿En quién de nosotros no vive, no piensa, no se agita la vida de cien generaciones futuras, que nos dice sin cesar: «¡ Adelante, adelante! »? ¿Sobre quién no pesa la muerte de otras tantas generaciones pasadas, que nos dicen: «¿Por qué luchar, por qué inquietarse?» Por fortu-

na, la acción contradice á cada paso á nuestro pensamiento y nuestro pensamiento es constante contradicción de nuestras acciones.

* * *

El doctor Decref ha informado, con gran conocimiento de causa, en la Sociedad de Higiene, sobre la higiene en el teatro. Si grandes deficiencias puede advertirse en los teatros mejor acondicionados, en la parte destinada al público, que, al fin, es el que paga y puede gritar, aunque no grite lo que debiera, ¿qué no será en la parte destinada á los artistas y dependencias, que nada pagan y si gritaran no cobrarían? De éstos principalmente se ha cuidado el doctor Decref en su información, y bien pueden estarle agradecidos los interesados.

Ahora que, si la intención es buena, nunca la mala práctica puede oponerse con mayor razón á la generosa teoría. Los teatros por dentro son lugares en que toda infección debe tener su natural microbio; pero sin duda los que, por necesidad ó por gusto,

pasamos lo mejor de nuestra vida en ellos, hemos logrado, por el mismo procedimiento, la inmunidad que logró Mitridates contra los venenos.

Casos de longevidad extraordinaria, muy frecuentes entre los actores dramáticos, son un verdadero escarnio contra todos los preceptos higiénicos. Y en cuanto á conservación y buen parecer, ¿en qué otra profesión puede llegarse á nada parecido? No ya entre mujeres del pueblo, envejecidas á los treinta años, aun entre damas de la aristocracia, muy cuidadas y muy bien prendidas, no se observa lo que es natural y corriente entre las actrices: una apariencia de juventud que llega á confundirse con la juventud misma. Hay actrices que le hacen á uno dudar de su fe de bautismo. Y ¡cómo se complacen y se recrean en humillarnos, con su invencible naturaleza y un poco de colorete por cómplices! Cuantos más años vienen sobre ellas, más los desafían invulnerables. Con un vestido blanco de lo más vaporoso y una pamelita de paja ornada de capullos de rosa, triscando por la escena, con la boquita frunci-

da y los ojos entornados, ¡ cómo saben con-
movernos llorando sus amores contraria-
dos! ¡ Papá! ¡ Mamá! ¡ Primito! ¡ Tía!

¿Y los galanes? ¿No es también admi-
rable su estado de conservación?

Sólo en el teatro y en la política se es jo-
ven á los cincuenta años. Lo que prueba
que nada significa el aire que se respira y
el ambiente en que se vive. Acaso unos
teatros muy higienizados y una atmósfe-
ra política muy purificada no permitieran
esas perpetuas juventudes que son gala de
tantos escenarios y de tantos Gobiernos.

FIN



